



BLAS EL ARMERO

Ó UN VETERANO DE JULIO.

Drama en tres actos y en prosa, original de los señores D. Emilio Alvarez y D. Saturnino Gonzalez y Reguera, representado con extraordinario aplauso en el teatro de Variedades, la noche del 9 de agosto de 1855.

A los Excmos. Sres. D. Leopoldo O'donell y D. Domingo Dulce, como iniciadores del glorioso alzamiento popular de 1854, en muestra de adhesion y respeto, = Los Autores.

PERSONAS.

ACTORES.

MARIA.....	Doña M.ª Martinez.
BLAS.....	D. L. Martinez.
RICARDO.....	D. Fernando Jimenez.
ANTONIO.....	D. F. Martin.
CONDE DEL ROBLEDAL.	D. A. Chavarria.
VAR.....	D. N. Gil.
IGUEL.....	D. F. Maria.

La escena es en Madrid en julio de 1854.

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala sencillamente amueblada. Puerta al fondo, y dos á la derecha del espectador. A la izquierda, otra puerta que figura dar á un sótano: en segundo término, un balcon.

ESCENA PRIMERA.

BLAS, ANTONIO, que aparecerá grabando una pequeña lámina en madera.

BLAS. (en la puerta del fondo.) Se puede entrar?
 ANTONIO. (desde su asiento.) Adelante.
 BLAS. Buenos dias, querido Antonio.
 ANTONIO. Téngalos usted muy buenos, señor Blas.
 BLAS. Tú, como siempre, con tus buriles.
 ANTONIO. Qué otro arbitrio me queda? No cuento mas recursos para vivir que mi trabajo; tengo una hermana á quien amo con idolatria, y á quien quisiera rodear de bienes y comodidades.
 BLAS. Y para lograrlo, te afanas trabajando dia y noche?

ANT. Libre estaria de ello, si al regresar de América, no hubiera perdido en el naufragio el capital que mi buen tio me legó al morir. Pobre tio mio! Si usted supiera cuánto me queria y qué consejos me daba para que su fortuna no me envaneciera! Por eso, además de darme toda la instruccion posible, me hizo aprender un arte, que gracias á él, cuento hoy con el sustento seguro; no me dá tanto como yo quisiera y necesitaba para proporcionar á Maria todo lo que merece; pero cómo ha de ser!.. Vivimos felices y contentos!..

BLAS. Bien, hijo mio; y permítame que te dé este nombre; el que está poseido de tan nobles deseos, prueba la grandeza de su alma, la elevacion de sus sentimientos; yo poco puedo, porque un armero, por mucho que trabaje, no gana para enriquecerse; pero no obstante, mi buena salud y relaciones me han tenido constantemente ocupado, y vivo con algun desahogo; si la suerte te fuera ingrata y el trabajo llegára á faltarte, Antonio, cuenta conmigo; con el amigo leal de tu difunto padre.

ANT. Gracias, señor Blas, gracias; permita Dios que nunca tenga que poner á semejante prueba el cariño que usted nos profesa.

BLAS. Gracias, gracias, voto al diablo! No parece sino que ofrezco alguna cosa del otro jueves; como si yo no estuviese obligado á mucho mas.

ANT. Obligado dice usted?

BLAS. Si, obligado, á dar mi sangre, si es preciso, por vosotros.

ANT. A usted le ciega su buen corazon, señor Blas; el que usted fuera amigo de mi buen padre, no puede obligarle á nada.

BLAS. Cómo que no? Voto al diablo! Con que no me halló obligado á nada, cuando á no ser por él, estaria con Dios hace treinta y dos años?

ANT. Mi padre le salvó á usted la vida? Cuándo?.. De qué manera?.. Era muy valiente mi padre?

BLAS. Qué si era valiente!.. En toda España habrá quien se le ponga delante; si los honores y grados se concedieran solo al valor y la honradez, tu padre hubiera sido... general; pero ya se vé; él era valiente y honrado á lo pobre, es decir, de todo corazón, como lo somos todos los hijos del pueblo; le bastaba saber que habia obrado bien en cualquiera accion ó empresa que acometiera, y así vivió pobre, y murió casi olvidado. No hubiera sucedido lo mismo si hubiera sido hijo de algun marqués.

ANT. Pero cuando á usted le salvó la vida...

BLAS. Yo te lo contaré; tu padre y yo éramos de una edad; nos habiamos criado juntos; desde muy niños nos acostumbamos á no tener secretos el uno para el otro; á gozar y sentir los mismos placeres y las mismas penas. Cierta dia llegó un hombre á hablar á tu padre sobre política, y á invitarle á que tomara las armas en defensa de la libertad.

ANT. Y mi padre...

BLAS. Nada quiso resolver hasta no consultarme; me vió inmediatamente, conferenciamos, y en resumidas cuentas, ocho dias despues vestiamos juntos el uniforme militar, y obedeciamos las órdenes del general Riego. En Cabezas de San Juan, como ya sabrás, se proclamó la constitucion; allí juramos morir en defensa de la libertad.

ANT. Oh! Siga usted.

BLAS. Fuera largo de contar, decirte todos los sucesos de aquella época de entusiasmo y abnegacion; voy al dia grande, al dia que debí de perecer, á no contar con mi leal amigo; al glorioso siete de julio del año veinte y dos.

ANT. Aquel dia...

BLAS. Escucha. El rey Fernando, á pesar de sus juramentos y (*con intencion.*) *su marcha por la senda constitucional*, protegía en secreto á los que á su sombra conspiraban por derrocar las instituciones liberales; la Milicia Nacional, entonces, como siempre, era el firme apoyo de aquellas, y era demasiado adicta, demasiado patriótica para no infundir grandes recelos al monarca. Sin embargo, intentóse un golpe de Estado, y se confió el buen éxito de este á la guardia real; la Milicia se apercibió con tiempo del terrible complot que se fraguaba, y se dispuso con heroísmo á contrarestar la fuerza con la fuerza; nosotros fuimos avisados oportunamente para acudir al sitio del peligro.

ANT. Y dónde fue?

BLAS. En la calle Mayor, y no tardó en trabarse una lucha terrible; el fuego de los rebeldes, lo mismo que el de los nuestros, causaba infinitas víctimas; el entusiasmo de los unos, era tan grande como la temeridad de los otros, y la lucha vino á ser, digámoslo así, cuerpo á cuerpo; en este momento ocupábamos tu padre y yo el portal que dá frente al de Manguiteros. Yo acababa de descargar mi fusil y me disponia á cargar de nuevo, cuando un guardia que habia entrado en una casa vecina, sin que yo le viera, carga tambien el suyo y apunta para dispararme, como suele decirse, á boca de jarro; tu padre ve el movimiento; mas rápido que una exhalacion, se lanza sobre él, cogiéndole con fuerza el fusil, logra tirarle al suelo... y... arrancarle el arma de las manos.]

ANT. Valiente padre mio!..

BLAS. Si, muy valiente, porque no estuvo él menos espuesto por salvarme; en fin; á él debí la vida y juré consagrársela con mayor adhesion, si algo mas cabia. Oh! Cuánto le he echado de menos desde que murió. Y sobre todo, ahora; si con la que se está armando viviera... A bien, que ya puedes tú sustituirle.

ANT. Yo mezclarme en cuestiones de política?

BLAS. Y por qué no? No eres tan ciudadano como el primero? No tienes deber de reclamar tus derechos como los demas? O te es indiferente el que la patria gima en la opresion de cuatro miserables tiranuelos?

ANT. No señor; no son para mi indiferentes los males de la patria; yo quisiera verla próspera y feliz; pero ha de lograrse esto porque yo coja un arma y me lance á las calles, pidiendo este ó el otro sistema de gobierno? No; el progreso, tal como yo lo comprendo, triunfará por la razon, no por la fuerza; las leyes con su omnipotente influjo, hundirán el imperio de las armas y consolidarán el de la razon y la justicia.

BLAS. Justo; eso era lo racional; pero cuando al escritor se le pone una mordaza, cuando el derecho de peticion y de reunion está abolido; cuando á uno que tiene el valor suficiente para decir: «esto es lo que siento, y esto es lo que creo mejor,» se le deporta á Canarias ó Filipinas, qué recurso queda? Qué debe hacer el pueblo que vé á sus gobernantes entregados á los placeres, á la disipacion, al mismo tiempo que él se le agobia con onerosas contribuciones y impuestos forzosos? Qué? Voto al diablo! Echarlos con los cientos demonios.

ANT. Criado en un pais donde la pasiones políticas agitan muy poco, apenas comprendo ese entusiasmo y esos arrebatos de usted.

BLAS. Por eso te disculpo, y por eso te perdonaria padre si viviese; de otra suerte, crees que era disculpable tu conducta? Crees que no tendria derecho decirte: Hijo de Andrés Montoya, del valiente patriota Montoya, sígueme! Tu padre peleó constantemente por la libertad, y murió con el desconuelo no verla triunfante; á seguir sus huellas ó... eres cobarde! (*con resolucion.*)

ANT. Cómo? (*como ofendido.*)

BLAS. (*sin hacer alto en la impresion de Antonio.*) Pero no te criaste á su lado, y nada tiene de extraño.

ANT. Señor Blas, he concluido mi trabajo y ya es hora de irlo á entregar; ademas, tengo que ver al conde del Robledal.

BLAS. Al conde del Robledal?

ANT. Si señor; como íntimo amigo de la señora Bana de Medina, conoció á mi hermana, cuando hallaba en compañía de aquella señora; nos aproximamos bastante, y se ha constituido en nuestro protector.

BLAS. No me pasa de los dientes esa protección conde.

ANT. Y por qué?

BLAS. Por qué? Porque es hijo de un bribon que es dola de liberal, pertenecia en cuerpo y alma al partido retrógrado; porque mi corazón es noble y le alcanza.

ANT. Si usted conociera al conde, no hablaria de esa manera. Oh! Es todo un caballero; luego franco, tan generoso...

BLAS. Aun no he visto un pícaro que no tenga un rostro de hombre de bien; así, creeme, Antonio; ese conde es un lobo disfrazado con piel de oveja.

ANT. Mi hermana sale, señor Blas; le dejó á usted ella; voy corriendo á entregar estos grabados. Y luego. Adios, Maria. (*vase.*)

BLAS. Hasta luego. (á Maria que sale puerta derecha.)
Buenos dias, Maria.

ESCENA II.

BLAS, MARIA.

MAR. Muy buenos, señor Blas; me pareció desde dentro oír la voz de usted y salgo á verle.

BLAS. Hoy es domingo, y yo no dejo la visita de costumbre; entre semana ocupado en mi trabajo, no puedo veros; conque justo es santificar las fiestas cada ocho dias.

MAR. Y llama santificar las fiestas á venir á vernos?

BLAS. Pues no!.. Vengo á veros, y recuerdo á vuestro padre; con el recuerdo de este se me representan todos mis dias de dicha y felicidad, y los solemnizo con mi alegría, olvidando las pocas ó muchas penas que me cercan.

MAR. Usted siempre fiel á la amistad que le unió con mi padre! Eso es lo que se llama «amar despues de la muerte.» Desgraciadamente, pocos imitadores tiene usted, señor Blas.

BLAS. Te engañas, hija mia; generalmente en los hombres que moran en los palacios, como todo es ficcion, farsa é hipocresia, no se halla un ejemplo; pero en los del pueblo, que amamos y aborrecemos sin máscara, y como suele decirse, segun lo concebimos lo parimos, es muy constante; pero ya se vé; las virtudes del pueblo á nadie interesan y se callan; si fuera publicar sus defectos... ya muda de especie. Dia llegará, y quizá no esté lejos, que les hagamos ver la ventaja que en todo les llevamos; por lo menos, ¡voto al diablo! Seremos mas justos, mas generosos.

MAR. Siempre con la política á vueltas; es usted todo un revolucionario.

BLAS. Y á mucha honra, Maria. Tu padre, si viviera, sería mi maestro, porque para estas cosas tenia mas cabeza que yo; así se lo he dicho á Antonio, anunciándole la proximidad de un alzamiento liberal, tratando de inflamarle; pero nada, ese muchacho tiene sangre de horchata. Voto al diablo! Un hijo de Andrés Montoya...

MAR. Qué quiere usted!.. El es tan bueno y tan inofensivo, que consiente pasar por cobarde; no siéndolo; ya ha tenido Ricardo con él algunas polémicas; pero siempre indiferente á todo.

BLAS. Ricardo si que es de temple; ese si que es el genio de la revolucion! Y qué partido tiene! Mas qué ha de hacer? Esa fisonomia franca, noble, vigorosa...

MAR. Si, si, verdad? Su fisonomia es elocuente...

BLAS. Mas que todas las elocuencias juntas. Pues y su talento? Y su voz? Si cuando él habla, no hay alma que se atreva á chistar! Si él solo sabe mas que todos los políticos habidos y por haber; y todos le atienden, todos le consultan...

MAR. (con interés.) De veras? De veras?

BLAS. Tan de veras; y si mañana triunfara la revolucion, como no podrá menos, ya aseguro yo que no será Ricardo el que menos premio alcance.

MAR. Pero diga usted; y tendrá que haber lucha?

BLAS. Qué remedio!

MAR. Y si la mala suerte hiciese que Ricardo ó usted...

BLAS. No tengas cuidado; nosotros peleamos por la causa de los buenos, por la razon y la justicia, y Dios no consentirá que sucumbamos en la demanda.

MAR. Así sea; de lo contrario...

BLAS. Ya creí que á estas horas estuviese aqui Ricardo; muy temprano le vi... pero él llega.

ESCENA III.

MARIA, RICARDO, BLAS.

MAR. Ricardo!

RIC. Adios, querida Maria; felices, señor Blas.

BLAS. De ti estábamos hablando. (á Ricardo.) (Qué hay de noticias?)

RIC. (Mucho y bueno.)

BLAS. (Tendremos pronto...)

RIC. (Así lo espero; y las armas?)

BLAS. (Corrientes.)

RIC. Grandes ocupaciones van á cercarme dentro de un momento; empero, no habia hoy visto á mi adorada Maria, y no era cosa de entregarme á ellas sin venir siquiera á saludarla; sin buscar en tu rostro el inmenso valor que quizás en breve necesite.

MAR. Qué dices?

RIC. Si, el programa de Manzanares ha puesto en la mejor disposicion los ánimos por todas las provincias, y segun las noticias recibidas, muy pronto, quizá á estas horas, el grito de libertad y progreso resuena en muchos puntos de la Península.

BLAS. De veras? Viva la libertad! Y nosotros qué hacemos? Por qué no estamos ya en campaña? Voto al diablo!..

RIC. Calma, señor Blas; las precipitaciones para nada son buenas; organicémonos en regla, y luego...

BLAS. Venceremos.

RIC. Qué duda tiene? Tú, Maria, ruega á Dios por el triunfo de la causa del pueblo; nosotros, en tanto, lucharemos; yo, fortalecido con tu hechicero recuerdo, lleno de entusiasmo, marcharé impávido por el camino que mi deber me señala, desde el momento que la revolucion estalle en Madrid.

BLAS. Esos son sentimientos; eso se llama entusiasmo. No te lo decia yo, Maria? Bien merece ser amado quien así se espresa; por tanto, ámale, ámale con todo tu corazon.

MAR. Oh! Si! Eso me llena tambien de orgullo.

RIC. Tu amor, hermosa Maria, me sirve de estímulo, y el aparecer á tus ojos digno de ser amado, me anima á acometer empresas que, lo conozco, son superiores á mis fuerzas.

BLAS. Superior á ti no hay nada; tú has sabido con el solo influjo de tu voz, agitar mas de cuatro corazones que yo creia de piedra berroqueña.

RIC. No le hagas caso, Maria; guiado por su buen corazon y el cariño que me profesa, quiere ver en la cosa mas sencilla, una sobrenatural, y ya ves que eso es como narrar un cuento. Conque, Maria, voy á cumplir con mi deber; mis amigos políticos me esperan.

MAR. Tan pronto...

RIC. Grande sentimiento me causa, pero es necesario, sopena de faltar á una mision sagrada; por tu corazon amante juzga lo que el mio padecerá con esta separacion, mucho mas con ciertas sospechas...

BLAS y MAR. Sospechas?..

RIC. No de ti, querida Maria; voy á decirte mis temores. El conde del Robledal viene á tu casa á menudo...

MAR. Me conoció en casa de la señora Baronesa; luego, mi hermano ha adquirido con él grande intimidad...

RIC. Pues eso justamente es lo que me inquieta; yo conozco al conde, y conozco á Antonio...

MAR. Por nuestro amor nada temas, Ricardo; ni el conde, ni mi hermano, con ser lo que es, cambiarán mi corazon de modo alguno; yo te amo, y nada en este

mundo me hará olvidarte ; nada renunciar á tu amor, que es mi vida.

RIC. Eso me tranquiliza ; sin embargo , quisiera que el conde no frecuentára esta casa , y que de un modo ó de otro se le negára en ella la entrada.

MAR. Eso es imposible , Ricardo ; el conde tiene sobre mi hermano grande ascendiente ; le cree un amigo leal, su decidido protector, y se opondrá con toda su alma á semejante proposicion.

BLAS. Se opondrá , eh? Pues yo , ¡voto al diablo! Aunque me cueste la vida , porque amo á Antonio y os amo tambien á vosotros , he de tratar hoy de hacer comprender á ese conde, que en esta casa estorba. Y si me contesta mal , juro que ha de saber quién es Blas.

ESCENA IV.

Dichos , ANTONIO.

ANT. (*á Ricardo con frialdad.*) Buenos dias. (*á Maria en secreto.*) Tengo que hablarte de un asunto del mayor interés ; discúlpate y sígueme. La aurora de nuestra felicidad va á comenzar á lucir.

MAR. Qué dices?

ANT. Sígueme. (*vase derecha.*)

MAR. Mi hermano tiene que hablarme y les dejo solos un momento ; hasta luego pues. (Dios mio!.. Por qué voy temblando?) (*vase.*)

ESCENA V.

RICARDO y BLAS ; *quédanse mirando uno á otro como sorprendidos de la conducta de Antonio y marcha precipitada de Maria.*

RIC. Ha visto usted?

BLAS. Y por cierto que me he quedado como quien vé visiones ; Antonio, tan atento siempre, darte un saludo tan frio ; hablar al oido de Maria , y esta dejarnos...

RIC. Aqui hay algo, señor Blas ; si acaso alguna intriga del conde...

BLAS. No me cabe duda ; Antonio me dijo que tenia que ir hoy á su casa... Si , si , eso es ; pero déjame hacer ; voy á entrar en la habitacion de Maria y le pediré esplicaciones.

RIC. (*deteniéndole.*) No haga usted tal ; ademas que urge nuestra presencia en otra parte ; nuestros amigos ya sabe usted que nos esperan.

BLAS. Pues vamos ; pero yo volveré y... Voto al diablo! Sabré lo que significa ese proceder de Antonio. (*vase Ricardo y Blas le sigue ; mas al llegar á la puerta, Maria le detiene.*)

ESCENA VI.

BLAS, MARIA.

MAR. Dónde vá usted?

BLAS. A una junta con Ricardo : pero qué te pasa? Estás agitada?

MAR. Si , si , lo estoy ; vuelva usted pronto ; tengo que hablarle.

BLAS. Sospecho que algo te atormenta ; procuraré dar la vuelta cuanto antes. Adios. (*vase por el fondo.*)

ESCENA VII.

MARIA, ANTONIO.

ANT. Hermana mia , esa es la resolucion que tengo hecha ; únicamente de este modo seremos dichosos ; tu

amor á ese hombre , afortunadamente , no es tan grande que no le olvides con facilidad.

MAR. Antonio!

ANT. Si algo valen para ti los consejos de un hermano que en tu dicha cifra la suya , ama al conde , corresponde sin réplica á su pasion , y juzga los amores de Ricardo , como un pasatiempo de la juventud ; como un capricho de la niñez , que alagó tu vista al contemplarle , y hoy conocido su poco mérito , te ofende.

MAR. Pasatiempo! Capricho!.. Mal me conoces , Antonio ; cuando yo llegué á corresponder á Ricardo , fue cuando me persuadí que solo con él viviria feliz.

ANT. Es decir que para ti el conde...

MAR. El Conde, no sé por qué razon me inspira un sentimiento bien contrario al amor ; sino fuera porque veo en él un amigo de mi protectora , diria que lo que me inspira es odio.

ANT. Maria! (*con voz sofocada.*)

MAR. El no me haria feliz , ni yo podria vivir á su lado. Reflexiona pues acerca de este paso , hermano mio , y te evitarás un sufrimiento seguro , pues yo no puedo negártelo , solo de Ricardo consentiré el nombre de esposa.

ANT. Qué oigo!.. Y prefieres el bien de un extraño á de tu hermano? Pues bien ; yo haré que ese hombre no vuelva á pisar esta casa. Hoy mismo le despediré.

MAR. Oh! No harás tal , tú no puedes intentar un rompimiento que cause mi desesperacion.

ANT. Yo deseo verte feliz ; y lo serás ; pero no con ese hombre , que no es digno de ti ; porque , sábelo de una vez ; Ricardo , por revelaciones que me ha hecho el Conde, es un aventurero , sin carrera , sin hacienda ; es un villano ; fingia amarte , tan solo con objeto de heredar las riquezas que él creia pasarian á poder despues de la muerte de esa señora que tanto te queria , y que recaen en el Conde , segun testamento que él mismo me ha enseñado.

MAR. Mentira! Calumnia! Ricardo es incapaz de abrigar tan bastardos pensamientos.

ANT. El Conde es un caballero y jamás puede mentir ademas , que yo lo he visto , y mis ojos no se engañan.

MAR. Has visto!.. Y qué es lo que has visto? Nada , nada puedes ver que sea en descrédito de Ricardo ; si el Conde lo dice , el Conde miente ; si , miente como un villano.

ANT. Dentro de breves instantes caerá la venda que cubre tus ojos ; el mismo Conde vendrá á probarte probablemente lo que dice , y... hele aqui ya.

ESCENA VIII.

Dichos , el CONDE, por el fondo.

MAR. (Dios mio! Qué podrá ser?)

CON. El cielo te guarde , bella Maria.

MAR. Mil gracias , señor Conde.

ANT. (*al Conde.*) Ya la he hablado ; ahora á usted toca convencerla.

CON. Gracias , Antonio.

ANT. (Solos los dejo ; yo confio que el Conde la convencerá ; de lo contrario , yo me veré con Ricardo.) (*vase derecha.*)

MAR. (Me deja sola con el Conde!.. Oh! Cuánto voy a sufrir!)

ESCENA IX.

MARIA, el CONDE.

CON. Tu hermano , hermosa Maria , te habrá ya indicado el objeto de mi venida en este momento. Conoz

que mi visita ha de hacerte sufrir, pero me perdonarás la amargura que puedo causarte ahora, en cambio del placer que mas tarde he de proporcionarte.

MAR. Puede usted proseguir.

CON. Mas de una vez te he hecho conocer las grandes simpatias que me inspiraste desde el momento que te conoci en casa de la señora Baronesa de Medina.

MAR. Adelante.

CON. Estas simpatias, tibias en un principio, acrecieron de dia en dia á vista de tus virtudes y belleza, y un interés, como pocos sincero y leal, vino á sustituirlas; hoy este interés, Maria, es un amor vehemente; es una pasion que me devora, y que no puedo acallar por mas tiempo.

MAR. Y bien!..

CON. Y bien? No me comprendes?

MAR. Creo que no.

CON. Pues bien, me explicaré; deseo llamarte mi esposa; deseo que olvides á ese Ricardo, que te miente amores, que jamás ha sentido...

MAR. Oh! Calle usted, conde; no le calumnie de ese modo.

CON. Calumniarle! Me crees capaz de eso? No. Si le creyera digno de ti, por mas que me fuera muy doloroso, yo me callára; sofocaria con valor el volcan que arde en mi corazon, y hasta favoreceria vuestra union; pero Ricardo es un malvado; te engaña.

MAR. Otra vez?... Oh, Conde, es mentira! Dígame que solo ha querido saber hasta qué punto le amaba, y perdonaré á usted.

CON. Perdonarme!.. Y de qué?

MAR. Y de qué?... Dios mio, Dios mio! Luego es verdad?... Pero no; yo no puedo creer que Ricardo sea de diferente modo de como ha aparecido á mis ojos. Lo oye usted? No puedo creerlo; esto le indicará suficientemente que se cansa usted en valde; que no logrará hacerme creer nada, y que cuanto tiempo esté en este sitio, me incomoda, me martiriza.

CON. (La duda es la que empieza á martirizarte.) Bien sabe Dios que daria cualquier cosa por evitarte hasta el mas pequeño disgusto; pero te amo, Maria, y tu correspondes á quien, sabiendo mañana que la Baronesa no te deja su fortuna, te odiará; yo soy su único heredero, y cuento con un título aristocrático; tengo pingües rentas y una posicion social elevadísima; pues bien, una palabra, una sola palabra, y mis títulos y mis riquezas, fausto y todo cuanto poseo, será tuyo.

MAR. Toda esa pompa, todo ese oropel deslumbrador, lo desprecio, Conde, lo desprecio por el cariño santo y e terno que he de gozar al lado de Ricardo.

CON. Luego crees mentido cuanto te digo de tu fingido amante?

MAR. Si señor, lo creo.

CON. Y si yo te presentára pruebas?..

MAR. Diria que eran igualmente falsas.

CON. Pues bien, dílo de esta. (saca una carta.)

MAR. Una carta?

CON. Si, una carta del mismo Ricardo á la Baronesa; toma, leela... pero no; oye como habla el que tan bien sabe mentir.

MAR. Ya escucho.

CON. (leyendo.) «Señora; en la precision de contestar á su atenta carta de usted acerca de mis intenciones con Maria, esa joven por quien demuestra usted tanto interés, la diré; que no tengo inconveniente de unir su suerte á la mia, siempre que me cumpla la promesa de dejarla á su fallecimiento todos sus bienes; de otro modo, usted conocerá, que yo no puedo renun-

ciar á la posicion que en la sociedad puedo prometerme, por mi educacion, por mi familia y por mis estudios.»

MAR. Por Dios, no siga usted!

CON. No dice mas tampoco. Te convences ya?

MAR. No, no; eso es impostura!..

CON. Cómo?... Impostura!.. La letra y rúbrica de Ricardo, te será conocida?

MAR. Si, Conde.

CON. Pues bien; mírala, y di que es impostura lo que ven tus ojos.

MAR. (mirando la carta que le enseña el Conde.) Oh!.. Es imposible... Si, si, su nombre... Su rúbrica... Dios mio, Dios mio!..

CON. Ya ves que el Conde no miente. (Venci, no me cabe duda.)

MAR. Esto es horrible!.. Ricardo cometer tal infamia!.. Engañarme!

CON. Y él ignora que la Baronesa ha muerto. De lo contrario, ya te habria dado á conocer, que es demasiado cierto lo que aqui aparece. (Aprovechémonos del efecto que ha producido este documento.) Ya conocerás, Maria, mis rectas intenciones; comprenderás que soy un verdadero amigo, y que no te exijo un sacrificio, pidiendo que amorosa correspondas á mi amante ruego.

MAR. Nunca, señor Conde; Maria podrá dejar de ser de Ricardo, pero no por eso será esposa de usted; llorará en silencio su desgracia, y hará porque vaya muriendo en su corazon ese sentimiento puro y santo que solo un hombre ha podido inspirarla.

CON. De ese modo, desprecias el feliz porvenir que te ofrezco?

MAR. Si, lo desprecio todo. (Mucho tarda el señor Blas; cuánto ansio su vuelta!) Conde, dejo á usted, porque su presencia me hace mucho daño.

CON. Y por qué, Maria? No te amo con efusion? No te he dado pruebas de mi grande aprecio? Dime una sola palabra de esperanza, antes de separarme de aqui, y bien pronto verás de lo que es capaz el Conde del Robledal.

MAR. Nada mas puedo decir á usted, que le agradezco infinito el beneficio que me ha hecho en descubrirme la maldad de Ricardo; es un servicio que nunca le recompensaré bien. (Y cuán caro me cuesta! Pobre corazon, valor!) Señor Conde... (vase.)

CON. Adios, Maria.

ESCENA X.

EL CONDE.

CON. Oh! Aun puedo tener esperanza de que me ame; un esfuerzo mas y mi dicha será cumplida. Riquezas... amor... todo. Fáltame dominar completamente á Antonio; pero esto es fácil; un destino le hará mio; no hay duda, seré feliz, muy feliz.

ESCENA XI.

EL CONDE, ANTONIO.

ANT. Qué tenemos de bueno? Logró usted convencer á Maria?

CON. Llega, amigo mio, y escucha; tu hermana, ante la prueba incontestable de la perfidia de Ricardo, ha quedado confusa, y su grande sentimiento la ha impedido conocer todo el valor de mis proposiciones; pero no importa, mañana que examine con frialdad mis palabras, mudará de pensamiento, y quizás premie desde luego mi amor con una fina correspondencia.

Nuestro triunfo no puede ser dudoso si tu me ayudas; tu hermana obedece ciegamente tus órdenes, y espero que tu...

ANT. Puede usted contar conmigo en cuanto pueda.

CON. Gracias, Antonio; yo á mi vez sabré recompensar bien pronto estos servicios. Ante todo, paréceme conveniente que escribas á Ricardo una carta, negándole el beneficio que hasta aquí ha disfrutado de visitar tu casa; con esto, no vendrá; pero si tuviese aun la osadía... entonces se le puede despedir ignominiosamente. Además, que las circunstancias nos favorecen; denunciado como un trastornador y revolucionario, la policia se encargará de dar buena cuenta de él.

ANT. Conde, hacer que desaparezca del mundo!..

CON. Quién piensa en que desaparezca del mundo?...

Nada; un simple viaje á Filipinas, basta; y mientras purga allí sus desaciertos, Maria será mi esposa, y todos viviremos felices.

ANT. No sabe usted cuanto ansio su enlace.

CON. A la noche deseo verte en mi casa; te daré algunas instrucciones mas, y acaso ya, la credencial de tu destino.

ANT. Gracias, Conde, gracias; es usted nuestro ángel tutelar. Voy con su permiso á cumplir el encargo de usted; hasta la noche pues. (*vase Antonio.*)

CON. Hasta la noche.

ESCENA XII.

EL CONDE; á poco BLAS.

CON. Esto marcha. Ricardo, desamado, aborrecido, y dentro de poco... no hay duda; Maria no tendrá mas recurso que amarme; Maria, será mia.

BLAS. (Cómo?... Maria será mia!..) Esto será lo que tase un sastré, señor Conde; ó mejor dicho, lo que tase un armero.

CON. Qué?

BLAS. Lo que usted ha oido, señor Conde; conque Maria será suya? Hombre, me hace reir la presuncion de usted; ja, ja, ja!

CON. Quién será este hombre que me conoce?

BLAS. Le chocha á usted esto? Pues escúcheme un momento; usted dice: «Maria, será mia,» y yo digo: Maria, no será suya.»

CON. Y qué?

BLAS. Que me saldré con ello; porque cuando á mi se me encasqueta una cosa en la mollera... y eso que segun mi trage y mi facha, que tanto examina usted, valgo poco; pero amigo, (*enseñándole los puños.*) puedo mucho.

CON. Por fuerza debes ser un loco de atar, cuando asi te atreves á hablarme; márchate de aquí inmediatamente ó teme, quien quiera que seas, que te cueste caro tu atrevimiento.

BLAS. Ja, ja, ja! Sabes que me hacen gracia tus amenazas?

CON. Me tutea! Se burla!..

BLAS. Mire usted, yo bailo siempre al son que me tocan, y aunque no estudié gramática ni sé nada absolutamente de lo que saben los hombres ilustres... como usted; que como usted... ganaron cruces, honores y riquezas, en las campañas de las farsas de la corte; no obstante, aprendí á volver las oraciones por pasiva. Me comprende ahora?... No? Vaya por Dios! Se lo explicaré mas claro. Usted ha dicho: «márchate inmediatamente de aquí,» y ahora soy yo el que digo, sin audarme con chiquitas: «Ilustre

Conde del Robledal, salga sin dilacion de esta casa!»

CON. Cómo?

BLAS. No hay como ni coma que valgan. Punto redondo, y nada mas.

CON. Apenas puedo creer tamaño atrevimiento!

BLAS. Tenga usted entendido, que no me gusta repetir las cosas dos veces: conque tomando las de Villadiego...

CON. (Qué osadía! Por vida de... que estoy confundido!) Tú sabes quién soy yo?

BLAS. Si no lo supiera, no te hablaria asi, Conde del diablo; (*movimiento del Conde para hablar.*) andandose se quita el frio; y no levantarme mucho la voz, porque tengo los tímpanos muy delicados.

CON. (Este debe ser algun amigo de ese hombre fata para mi. No sé por qué me confunde su presencia.)

BLAS. Nada de murmurar, voto al diablo. Yo nunca me como las palabras; todo lo que siento lo digo luego, sin andarme por sendas ni vericuetos. Al grano siempre. Usted hable, si algo tiene que hablar, y despache pronto, que esta casa la inficiona con su aliento

CON. Atrevido! Insolente!

BLAS. Silencio, si no quiere que le arrime un trancazo que le rompa el bautismo.

CON. (Qué humillacion! Y no tengo aquí mis criados!

ESCENA XIII.

Dichos, ALVAR que viene precipitadamente por el fondo

ALV. Señor Conde!.. Señor Conde!

CON. (Mi secretario! A buen tiempo ha llegado.) Alvar, Alvar, este hombre me insulta; préndele.)

ALV. (Señor Conde, no vé usia mi turbacion? Pronto, pronto, déjese usia de insultos en este momento.)

CON. (Qué ocurre pues?)

ALV. (Se han recibido noticias de algunas provincias altamente alarmantes; el ministro quiere ver á usia inmediatamente, para ver de tomar algunas medidas.)

CON. (Qué dices?... ¡Ah! vamos, vamos; pero ese hombre que me ha insultado?..)

ALV. (Le conoce usia?)

CON. (No.)

BLAS. (Hablan de mi, y ¡voto al diablo! que me abrumo tanto secreto.)

ALV. (No se escapará; déjelo usia por mi cuenta; le he cogido bien la filiacion.)

CON. (*á Blas.*) Buen amigo, me despides de esta casa y ya lo ves, te obedezco; oh! ¡eres muy poderoso!

BLAS. Menos música, señor mio.

CON. (No te ariando la ganancia, señor guapo.) (*vase por el fondo.*)

BLAS. Te desprecio, miserable! (*viendo que el conde mira con ojos de compasion.*)

ESCENA XVI.

BLAS; á su tiempo MARIA.

BLAS. Infames!.. Ya las pagareis todas juntas; hoy es vuestro insultante orgullo, os creéis con derecho á todo; pero pronto llegará el dia de que todo ese poder se vea convertido en humo. Si; la cosa marcha y el momento se acerca. ¡Oh! Ricardo es un valiente! Y qué ilustrado!.. ¡Qué corazon!.. pero me olvidó. (*llamando.*) Maria! Maria!

MAR. (*saliendo.*) Gracias á Dios que llegó usted ya.

BLAS. Si; llegué á tiempo de hacerte un servicio.

MAR. Cuál?

BLAS. Ocasion mas bonita, ni buscada... ¡Voto al diablo! No sé si le quedará gana de volver.

MAR. Pero, á quién?
 BLAS. Pues no te lo he dicho? Ese maldito Conde.
 MAR. Cómo? Ha tenido usted palabras con él?
 BLAS. Pocas, pero significativas; le dije que su aliento inficionaba esta casa, y que era preciso que inmediatamente tomara la puerta.
 MAR. Le dijo usted eso?
 BLAS. Y que le rompería la crisma, si no lo hacia inmediatamente; conque ya podemos estar tranquilos; ese hombre no causará mas recelos á Ricardo.
 MAR. Ricardo! Ay, señor Blas, y qué terrible desengaño!
 BLAS. Cómo? Sientes que al Conde....
 MAR. No es el Conde el que ahora origina mi cuita; Ricardo... no me ama.
 BLAS. Quién? Ricardo! Qué no te ama!
 MAR. Ni me ha amado nunca.
 BLAS. Qué dices, Maria?
 MAR. La verdad, señor Blas; me engañaba, me mentaba amores, porque creia que los bienes de la Baronesa, pasarian á mi poder....
 BLAS. Quien? El?... mentira!
 MAR. Eso mismo dije yo; pero ante la prueba...
 BLAS. Digo que es mentira, y lo repetiré delante del mundo entero. ¿Ricardo tal villanía?... Nunca; seria capaz de poner por él las manos en el fuego.
 MAR. Yo tambien lo hubiera hecho, pero el Conde me enseñó su letra, su rúbrica...
 BLAS. Ha sido el conde? Voto al diablo! Y no le arranqué la lengua!.. Maria, lo que ese hombre te ha dicho, es una falsedad; si algun escrito te presentó, será tambien falso. Ricardo te ama, te ama con toda el alma, y es incapaz...
 MAR. Entonces, cómo explica usted...
 BLAS. Cómo lo explico?... El Conde es un infame; cortésano y basta; versado en intrigas de toda especie... y.. pero déjame ir á decírselo á Ricardo, y él dirá al Conde lo que se merece. *(va á salir y se presenta Antonio.)*

ESCENA XX.

Dichos, ANTONIO.

ANT. Lo mejor que podrá hacer Ricardo, es ir donde las gentes honradas no le conozcan, ó donde sus nobles sentimientos no sean comprendidos.
 BLAS. Antonio, calla! Tú te has dejado seducir por ese Conde maldito, y no sabes lo que dices. ¡Oh qué bien he hecho yo en arrojarle de tu lado! Su maligno influjo quizá hubiera hecho de ti un hombre perverso.
 ANT. Cómo? Qué dice usted? ha arrojado usted de mi casa al Conde?
 BLAS. Debi tirarle por el balcon; pero aun no sabia lo que habia dicho á tu hermana.
 ANT. Y con qué derecho se permite usted en mi casa tan audaz proceder?
 MAR. Antonio!...
 BLAS. Que con qué derecho? Voto al diablo! Ese Conde es un infame, que desea perder una familia honrada; esta familia es la de mi hermano, entiendes, Antonio? De mi hermano Andrés Montoya, y yo aun á costa de mi sangre estoy obligado á mirar por ella... Comprendes ahora el derecho que me asiste para obrar de la manera que obré?
 ANT. Comprendo que ha faltado usted á mi protector, y que me ha faltado á mi igualmente.
 BLAS. Antonio, tu estás ciego; el Conde, abusando de tu buen corazon, te seduce, te atrae á si como astuta serpiente, y no conoces que te introduce todo el veneno

que su vil corazon esconde. Abre, abre tus ojos á la razon; cree al hombre que tiene esperiencia; que os quiere sinceramente, y que no le anima otro móvil que el de hacer vuestra felicidad.
 ANT. Si, ya lo creo; y para ser felices incita usted á mi hermana á que corresponda á Ricardo, que sobre carecer de posicion...
 BLAS. Ira del cielo! Pues qué, las riquezas y honores de ese aborrecido Conde, son comparables á las dotes de Ricardo?
 ANT. Soberbias dotes!
 BLAS. Soberbias dotes?... Nada es para ti que sea un muchacho honrado, de talento, valeroso, y... liberal? No es para ti bastante que tu hermana y él se amen con un amor santo y puro? Si carece de posicion, si no cuenta con un empleo lucrativo, es porque no ha hecho mella en él la inmoralidad; porque á trueque del destino con que se le ha halagado, no ha querido ahogar sus sentimientos, hacer traicion á sus creencias, ser, en fin, tráfuga del partido de los buenos. Este es Ricardo; este, el único que será dueño de Maria.
 ANT. Señor Blas, basta; en mi casa nadie tiene derecho á hablar como usted lo hace.
 MAR. Antonio!... Reflexiona...
 ANT. Quién es él para imponer órdenes á nadie?
 BLAS. Que quién soy?... Voto al diablo! Soy vuestro mejor amigo; soy... vuestro padre; si, vuestro padre.
 ANT. No puede hacer veces de tal quien asi falta á todas las consideraciones de la amistad.
 BLAS. Antonio, Antonio! Mucho me hacen sufrir tus palabras.
 ANT. Sé muy bien lo que hago; sé muy bien lo que digo; escusa usted cansarse mas, porque desde hoy no tolero consejos de nadie.
 BLAS. Estás en demasia injusto y obcecado; pues bien, yo te juro, Antonio, por el recuerdo de tu buen padre, que el Conde no poseerá á Maria.
 ANT. Señor Blas, no sufro mas; salga usted inmediatamente de mi casa; faltar al Conde, es faltarme á mi; agraviarle, es agraviarme. Salga usted.
 MAR. Hermano, hermano mio, qué haces?...
 BLAS. Pero es verdad lo que escucho?
 ANT. Si, si; salga usted al instante.
 BLAS. Me arrojas de tu lado!.. De tu casa! Tú, el hijo de mi amigo querido! Tú, que debias quererme como tu padre!.. Bien, Antonio, bien. Nunca pudiera comprender tamaña ingratitud; pero... Ah! Pobre Blas! pobre Maria!!! *(llorando y abrazándola.)*
 MAR. Calle usted, señor Blas, que me destroza el alma!
 ANT. Silencio!
 BLAS. Bien, Antonio, muy bien; llevas hasta el colmo la ingratitud, y... ¿Y todo por quién? Por ese Conde maldito. ¡Conde, Conde, Ricardo te pedirá cuentas del daño que nos causas, y te matará; si, te matará, y sino, aun estoy yo aqui.
 ANT. He dicho que nada mas quiero oír; que salga usted de mi casa, y que no quiero escuchar mas el nombre de ese villano.
 BLAS. Cómo?... Ricardo!.. Dios mio, contenedme! Dádme valor para soportar esta prueba! Adios, Maria; yo velaré siempre por ti.
 MAR. Señor Blas, perdónele usted y no nos olvide. *(vase.)*
 BLAS. Yo le perdono, pero... ¡Oh, Antonio! mucho me has ofendido; espero en Dios que pronto llorarás los efectos de tu impremeditacion. Adios. *(vase foro.)*
 ANT. Asi, asi; duro he estado, mas de esta suerte aseguro su felicidad y la mia.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

BLAS, en la puerta de la izquierda; MIGUEL, dentro del sótano.

BLAS. Miguel, concluye pronto tu trabajo, que los momentos son preciosos.

MIG. Un momento mas y he concluido.

BLAS. La ocasion no podia presentarse mejor. La casa sola... Dónde habrán ido? Obremos con toda precaucion; una sorpresa ahora seria cosa muy terrible. Nadie... (*asomándose al balcon y mirando por él.*) Yo les juro que no se escaparán; á mi con esas, eh? (*oyese algun ruido en la direccion del sótano á cuya puerta corre Blas en seguida.*) Cuidado, Miguel; mas despacio, voto al diablo!

MIG. He concluido ya.

BLAS. Pues arriba al instante! (*yendo al balcon.*) Si no me engaño, allí diviso al Conde y su secretario; si, son ellos; por fuerza vendrán á esta casa. (*yendo á la puerta del sótano.*) Pronto, Miguel, que llega gente.

MIG. Ya estoy aqui. (*saliendo á la escena.*)

BLAS. Quedó todo arreglado?

MIG. Perfectamente; saqué bien pronto el molde tambien.

BLAS. Pues á la calle ahora, y en seguida manos á la obra. Mas tarde te veré.

MIG. Dentro de una hora.

BLAS. Por de pronto esto ha salido á pedir de boca. Miguel, ocultémonos por aqui; que no nos vean al entrar. (*ocultándose por la puerta del fondo derecha.*)

ESCENA II.

EL CONDE, DON ALVAR.

CON. Ya te lo he dicho, buen Alvar; el único modo de salir airosos en nuestra arriesgada y lucrativa empresa, es el ir derechos al tronco. (*Blas atraviesa con mucho sigilo la puerta del fondo. Miguel le signe.*)

BLAS. (Tramad, si, intrigad. Pobres de vosotros!)

CON. De lo contrario, nos esponemos á peligros que debemos á todo trance evitar.

ALV. Cumpliré el encargo de usia con la puntualidad conque sabe acostumbro hacerlo siempre.

CON. Si, si; eres un verdadero servidor. Nunca recompensaré como se merecen los sacrificios debidos á tu lealtad acrisolada. Si consigo hacermè dueño de esas inmensas riquezas que habi-n de pasar á manos indignas de poseerlas, amigo Alvar, tu bien sabes que participarás del espléndido botín. Resolucion es lo que importa despues del primer paso dado con fortuna. El documento debido á tu ingenio, ha sido en mis manos un arma poderosa. Tambien es necesario que aquel hombre que ayer se atrevió á insultarme, quede hoy inutilizado para hacer nuestro daño.

ALV. Descanse usia completamente en mi. Esta noche nos veremos libres de tales adversarios; los que lo son políticos, á Dios gracias, segun recientes noticias, son ya impotentes, no deben ponernos en cuidado; emigran á Portugal. Magnífica jornada! Famosa empresa! El pueblo está cansado de revueltas; se halla postrado. Lo que únicamente quiere es pan, no derechos políticos. Qué locura!

CON. Un descabellamiento semejante nunca le imaginé. Luchar con nosotros!... Imbéciles! El oro todo lo

allana, y este no ha faltado, ni falta, ni faltará. E fin, buen Alvar, hoy estoy sumamente satisfecho de todo, solo conviene que el triunfo sea tambien nuestro en esta casa. Yo salgo ahora de ella; tú aguardará á que vuelva Antonio para comunicarle que deseo verle en mi palacio. De este modo yo me veré solo aqui con Maria, que es hoy mi principal intencion al efecto de rendirla por completo á mi amoroso albedrio. Ricardo no dejará de presentarse esta noche; tú, en combinacion con Antonio, mis criados y policia, estaréis apostados en la esquina de esa calle, de manera que yo pueda veros por el balcon. Cuando convenga una señal mia os indicará que el pájaro se halla en la jaula.

ALV. Perfectamente, señor Conde. Y usia dirá luego que en ese entendimiento no bullen ideas propias de un hombre acostumbrado á la intriga?

CON. Al fin y al cabo, Alvar amigo, algo se me ha de pegar de esa travesura que tú con tanta destreza sabes manejar. Ello es lo cierto, que el plan está bien combinado. Ricardo no ha tenido por conveniente hacer caso de lo que Antonio en su carta de ayer le ordenaba, habiendo osado volver por la noche á esta casa, y ha de pagar caro su atrevimiento.

ALV. Nada mas justo y conveniente.

CON. A Antonio le dirás, porque no estrañe que no me encuentre en mi habitacion, á donde le he citado con el pretexto consabido, que ocupaciones urgentes me han llamado á otra parte. Hoy mismo espero poderle dar el nombramiento de administrador del sitio de San Fernando, con lo que será completamente mio, sino lo es ya. Dádivas quebrantan peñas, y respecto á Maria, cuando te halles solo con ella, entrégale este objeto de inmenso valor, preciosa obra del arte. (*le da una cagita.*)

ALV. Un retrato!.. (*examinándola.*)

CON. El suyo, coronado de magníficos brillantes. Y ves...

ALV. Mucho sabe usia. Estoy pensando que el discípulo va á ser bien pronto un famoso maestro.

CON. Gracias, amigo Alvar. Por ahora lo dicho y nada mas. Hasta luego.

ALV. Lo dicho se cumplirá.

ESCENA III.

ALVAR.

El asunto marcha viento en popa. Qué felicidad ser para mi el recoger los magníficos despojos de esta campaña, empezada con tanta suerte, y que concluir á tan poca costa. Me parece ya ver entre mis manos el oro que siempre alegró mi vista. Precioso meta cómo te reverencio! Y por qué medios tan sencillos has de venir á mi poder! Una carta... Un hombre fuera del mundo... he aqui todo lo que cuesta! Oh cuánto mejor no es batirse en esta clase de lucha, que yo triunfo se saborea en medio de un gozo sin igual sin la menor envidia por parte de los demas hombres que en buscar la gloria en medio del estruendo de los combates, espuesto á perecer en la demanda! Guerra sordas, pero de muerte para el enemigo, son las que me agradan; esas son las que constituyen mi ilusion. Pero, sino me engaño, llega gente. Serán los dos hermanos. En efecto.

ESCENA IV.

ALVAR, ANTONIO, MARIA, fondo.

MAR. (Qué horrible tormento, Dios mio! Obligarme á ir á ver al Conde!...)

ALV. Felices noches, mis buenos amigos. Aguardándoos estoy con impaciencia hace un buen rato.

ANT. De casa del Conde venimos, pero no hemos tenido la satisfaccion de encontrarle en ella. Siento de todo corazon, querido Alvar, haber sido causa de que se molestara en lo mas mínimo por nosotros.

ALV. No tal. He estado entreteniéndome en reflexionar acerca del porvenir, de la felicidad que os aguarda. Os tengo á la verdad envidia.

MAR. (Siempre lo mismo. Porvenir!.. Felicidad!.. Crae-les palabras!)

ALV. Mi querida Maria, usted me parece sumamente triste en este momento. Cuál es la causa de lo que en su semblante advierto?.. Pero la comprendo muy bien; deseche usted de su mente esas ideas que la atormentan.

MAR. Usted se engaña, Don Alvar, ó mi semblante sigue representando profundo pesar, por lo que pasó, haciendo traicion á lo que pasa y siento. Soy.... muy feliz. (*con risa forzada.*) El brillante aspecto de ese bello porvenir de que usted me habla, de que me ha hablado el Conde, del que me habla continuamente mi hermano, no puede menos de hacer asomar á mis labios una sonrisa de placer. (*rie.*) No veis como me rio?

ALV. Oh! no sabe usted bien el grande encanto con que la adorna esa sonrisa.

ANT. Así, hermana mia, así te quiero; radiante de alegría como lo está tu hermano.

MAR. Qué mas quieres ya de mi?

ANT. Oh! nada mas.

MAR. He aqui que empieza hoy á brillar esa aurora por ti tan deseada. Ninguna nube empaña el cielo, ninguna. Pero yo he visto muchas mañanas de verano, hermosas. La aurora lo habia sido tambien. La tarde... Oh! Por la tarde, recuerdo que las nubes velaron la resplandeciente faz del sol, que la oscuridad llenó el espacio, que la tempestad por fin hizo temblar á los mortales. La aurora con sus encantos habia desaparecido; el ocaso se presentó con sus horrores.

MAR. Qué quieres decir, hermana mia?

MAR. Nada, dada; que soy muy feliz, y que estoy loca de alegría.

ALV. (Ese lenguaje me sorprende á fé... Démonos pri- en cumplir las órdenes del Conde para que él se queda presentar inmediatamente aqui.) Antonio, en tan manera preocupado en el tema sobre que ha girado nuestra conversacion, se me olvidaba decir á usted, que el Conde le aguarda en su casa en este instante. Tiene que comunicarle, á mi parecer, noticias de la mayor importancia.

MAR. De veras, don Alvar?

ALV. Si, nada mas natural. El Conde mira por él como por un hermano, y...

MAR. Ya comprendo. Le asegurará una buena posicion.

ALV. El Conde abunda en sentimientos, que en pocas personas se encuentran.

MAR. Es la verdad todo cuanto dices. Empiezas ya á conocerle?

ALV. Si, querido hermano. Vé, y cumple lo que te ordena. (Al menos quedará sola. ¡Oh, si Blas lo su- ra!)

MAR. Voime, pues, y pronto me hallaré contigo, Maria. Sé por qué hoy no quisiera separarme de tu lado en este momento, pero es fuerza hacerlo. Adios.

ALV. Pronto me verá usted en casa del Conde tambien.

MAR. Adios. (*vase Antonio.*)

ESCENA V.

ALVAR, MARIA.

ALV. Antes de todo, Maria, me cumple decir á usted, que tal vez estrañará que permenezca á su lado.

MAR. Antes de todo debo contestarle, que nada me sorprende ya. Estará usted aqui con su objeto; le habrán encargado que no me deje sola un momento, no es cierto? Que espie mis pasos, no es verdad? Honrosa comision!...

ALV. Maria, ese sarcasmo me martiriza, y tanto mas, cuanto que el blanco de él es una persona que ha dado á usted las mayores pruebas de consideracion y de respeto.

MAR. Las agradezco, pero no las admito.

ALV. Maria, no contesto á usted. Conozco cuanta amargura encerrará ese corazon, lacerado por un terrible desengaño, cuya culpa quiere buscar en las personas que la rodean, y nada me estrañará de cuanto usted diga.

MAR. En efecto, tiene razon.

ALV. El Conde, y voy al asunto, en su incesante afan de colmar á usted de atenciones, de manifestar su interés, me ha comisionado para que fuera el portador de un objeto precioso del arte, cuyo modelo es la suma perfeccion. Tal obsequio es bien pobre, si se atiende á su valor material; pero usted sabrá apreciarlo en lo que vale. Admitale usted benigna. (*presentándole la cajita.*)

MAR. Es mi retrato quizá?... Cuánto me quiere el Conde!..

ALV. Oh! mucho.

MAR. Pues bien; dígame usted que Maria nunca ha recibido regalos de nadie; que ha juzgado muy mal si ha creido que en ella habia de poder lo que no puede alcanzar el ardiente amor que el Conde siente; que es villano proceder el suyo; que la virtud se cubre de vergüenza ante esa dádiva; que es un miserable, y por último, que si le amase, esto era suficiente motivo para que le aborreciese.

ALV. Señora, su enojo no es fundado, permítame usted que se lo diga.

MAR. Don Alvar, no es usted quien me ha de enseñar á sentir.

ALV. Yo juzgo así, y tengo la pretension de que no juzgo mal.

MAR. Usted siente mal como el Conde; como él juzga usted mal, y no obra muy bien, don Alvar, quien es servidor de ese hombre vil, á quien aborrezco de todo mi corazon.

ALV. Maria, usted me agravia... pero yo la perdono; lo que siento es, que camina usted á su perdicion.

MAR. No digo mas que lo que siente una muger ultrajada. Si la muerte es mi perdicion, la prefiero mil veces á una vida sin honor.

ALV. Bien, bien; yo cumplo como leal servidor, y sobre esta mesa dejo el retrato, que la aconsejo á usted que acepte, Maria. (*deja la caja sobre la mesa á tiempo que Blas entra en la escena por la puerta del fondo. Maria coje dicha caja.*) Yo la aceptaria; es una alhaja de grande valor.

MAR. Y yo, la cojo.... arrojándola por el balcon. (*lo hace.*)

ALV. Qué ha hecho usted!..

ESCENA VI.

ALVAR, MARIA, BLAS.

BLAS. Bien, Maria, voto al diablo! Así te quiero.

ALV. ¡Oh! no se ha de perder! La ocasion me favorece.
(*se va apresuradamente.*)

MAR. Gracias á Dios que veo á usted, señor Blas.

BLAS. No te digo yo que velaria por tí? Mira como no miento. Y cómo me alegro de haber llegado en tan buena ocasion!

MAR. Ha visto usted á Ricardo? Qué ha dicho acerca de esa maldita carta que me ha robado la tranquilidad, que es una acusacion terrible para él? Hubiera deseado verle ayer antes de que Antonio le arrojara de aqui... hubiera deseado oír sus descargos; no, digo mal; no hubiera presenciado sin dolor su humillacion.

BLAS. No prosigas, Maria. Tus dudas acerca de Ricardo, me matan; le matan á él. Cree á tu amigo Blas. Ese documento no es suyo; no puede serlo.

MAR. Oh! si lo es, mi buen amigo, por mi eterna desgracia.

BLAS. Qué es de Ricardo?... Me desespera que juzgues de ese modo. Escucha, Maria, y sabe de lo que es capaz el Conde. No hace muchos dias que ese hombre inicuo, malvado, ha hundido en la desgracia á una familia honrada, ha violentado á una jóven virtuosa, ha preso á su anciano padre, que gime en un oscuro calabozo, como multitud de hombres, tratados por los poderosos del dia como si fueran salvajes; pero la hora de la justicia se aproxima. Ay de ellos y de ese hombre!... He sabido otros hechos, cuyo solo recuerdo me horroriza. A un criado suyo, á quien he embriagado por ver si averiguaba algo de lo que hace relacion á este suceso, debo tales revelaciones, importantes, aunque la verdad no las necesitaba para conocerle. Con ánsia estoy aguardando el momento en que llegue á esta casa, para que sepa lo que puede Blas el armero.

MAR. Y no teme usted la cólera de mi hermano? No se esponga por Dios á sufrir sus efectos. Está ciego, y se va usted á perder y á perderme. Ya no me queda en el mundo mas amparo que el de usted.

BLAS. Voto al diablo! Y el de Ricardo, Maria?

MAR. Señor Blas, la duda es horrible.

BLAS. Nada temas; confia en Dios que vela por nosotros; él no puede abandonarnos. Mira; yo me alejo ahora de aqui. El Conde no tardará en venir; estaré en acecho, y luego vuelo á tu lado.

MAR. Y mi hermano?... No puede tardar tampoco, y....

BLAS. Yo me buscaré salida... asi como entrada, aunque las puertas no se franqueen para mi. Maria, desde ayer no he cesado un momento de pensar como he de salir de mi empresa. Conque adios. Abraza á tu padre y confianza en el Ser supremo. (*se abrazan. Vase por el fondo.*)

ESCENA VIII.

MARIA, luego el CONDE.

MAR. Qué buen corazon el suyo!.. El es mi ángel de la tierra. Gracias, padre mio!... Ya me hallo sola... No sé por qué en mi corazon nace un valor sin límites, que me da la vida. No tiemblo, no; nada podrá hacerme temblar. Hoy va á ser el dia de prueba; el de mi felicidad ó el de mi desgracia. Esperemos. Blas me ha consolado.

CON. (*en la puerta del fondo.*) (Está sola y mi triunfo será completo.) Me das tu permiso, Maria?

MAR. Adelante, señor Conde.

CON. Tu amante está aqui ya; no puedo ver con indiferencia que pases las horas sumida en el pesar mas amargo, recordando á un hombre, que gracias al cielo no puede consumir sus criminales intentos. Otro hombre viene á pagarte con usura el mal que te causó

por un desengaño, con el bien que recibiste y con la dicha sin igual que te tiene preparada. No es cierto Maria? Nada me respondes? Será necesario que de hoy en adelante te pida una palabra de consuelo? Querrás ver al orgulloso Conde del Robledal postrado ante el ídolo de su amor?

MAR. Mucho estoy sufriendo, y sin embargo, me hace usted reír con su locura.

CON. Si, locura, Maria, locura es mi pasion; bien la comprendes, y por eso no me darás martirio. Ama me y me harás dichoso.

MAR. Huya usted de mi presencia y me hará feliz.

CON. Tanto rigor, bella Maria; con el hombre que te idolatra, que por ti delira, que suplicante se prostra á tus pies! (*arrodillándose.*)

MAR. Ja, ja, ja! Conde, eso es acertado; obra usted con mucho tino.

CON. (*Se burla inicualemente!*) (*levantándose furioso.*) Pues bien, Maria, nadie en el mundo será capaz á lastimarte de mis iras. El Conde ajado en lo que mas le importa, por una mujer miserable, hipócrita! Por la violencia alcanzaré lo que ansio. Tú lo has resuelto.

MAR. Antonio!.. Antonio!.. Blas!.. Padre mio! Nadie (*quiere huir por la puerta del fondo: el Conde detiene.*)

CON. No huyas, que es en vano; te hallas encerrado; nadie te escucha, nadie te salvará, yo te lo juro.

ESCENA VIII.

Dichos, BLAS entra por la puerta izquierda.

BLAS. Mentira, que aqui estoy yo.

MAR. Blas!.. (*yendo á arrojarle en sus brazos.*)

BLAS. Maria, el cielo vela por ti.

CON. (*Estoy perdido!.. (yendo al balcon y mirando por él.)*) Aun no están en su puesto. Dios mio! Por qué será? Me habrá vendido mi secretario? Quién te ha abierto? Por dónde has entrado?

BLAS. Por el infierno. (*el Conde vuelve al balcon. Blas se dirige á él y le coge de un brazo.*) No pienses en huir; no en valde he entrado yo aqui, á pesar de haber cerrado tu la puerta. Eres un imbécil.

CON. Suéltame, hombre del diablo. (*haciendo esfuerzos por desasirse y no separarse del balcon.*)

BLAS. Te he dicho que trabajas en valde para huir.

CON. Suéltame!

BLAS. Si, te soltaré; pero ahora mismo te levanto el tapa de los sesos, si no me entregas esa carta que me has falsificado, villano! (*saca una pistola y apunta.*)

MAR. Dios mio!..

CON. Mentira! (*Traicion! Alvar, me has vendido!*)

BLAS. Pronto, esa carta.

CON. (*Oh humillacion!*)

BLAS. (*acercándole á las sienas la pistola.*) Mira que no tengo espera y me sobran valor y rabia.

CON. Aguarda, aguarda; ten, me has vencido!

BLAS. Entrégasela á Maria, que era tu víctima!.. Huíllate ante ella!

CON. (*acercándose humillado y á paso lento á Maria que recoge el documento.*) Toma. (*Oh, cuánto sufro!*)

BLAS. Pronto pagarás tus crímenes.

CON. (*Si pudiese huir, aun podria perder á este hombre. Este balcon está bajo. No hay peligro ninguno. Saltemos por él.*)

BLAS. Ahora tienes franca la salida. No dirás que no soy generoso; pero acuérdate de que no está lejos el dia en que el pueblo se encargará de herir con su terrible espada tu cabeza, y las de tus miserables imitadores.

CON. (Oh! Dentro de poco serás perdido! *(óyense fuertes y precipitados golpes á la puerta.)* Pero qué oigo? Llamen... Si, llaman; serán ellos... ¡Oh, felicidad!) *(sale presuroso por la puerta del fondo.)* Aguarda!
 BLAS. Si, aquí voy á quedarme, mentecato!
 MAR. Será mi hermano, señor Blas; huya inmediatamente; sálvese usted.
 BLAS. Si, hija mía, porqué debo vivir para ti y solo para ti. Dame ese papel; voy á entregarle al instante á Ricardo.
 RIC. Infame! *(dentro.)*
 BLAS. Qué oigo! Es su voz!
 MAR. Si, es él, le habrán preso... Huya usted, señor Blas!
 BLAS. *(acercándose con recelo á la puerta del fondo.)* Qué veo? Ven, querido Ricardo; aquí, aquí.

ESCENA IX.

BLAS, MARIA, RICARDO, CONDE.

RIC. Al fin te hallé. Aunque muriera ahora mismo, nada me importará ya. Entrégame esa carta, villano!
 BLAS. Tómala; ya estaba en mi poder.
 RIC. Cómo te atreviste á ajar al hombre honrado cuyo brazo te sujeta, y que escape como á un miserable? Creiste impunemente cometer un crimen que mata lo mas santo... lo que yo en mas estimo?... Tiembla, malvado!
 MAR. Piedad, piedad!
 RIC. Piedad!.. Vive Dios! Solo hay piedad para el inocente... para el arrepentido.
 MAR. Ricardo!
 RIC. Maria, tu me has juzgado culpable!
 MAR. Ricardo... ante esa prueba...
 RIC. La duda que revelan tus palabras me destroza el alma; pero te perdono con todo mi corazón. Y tú, nombre fementido, á sus plantas de rodillas... y confésala tu crimen.
 MAR. Socorro!...
 RIC. De rodillas!
 MAR. (Qué es esto, Dios de bondad?)
 RIC. Quiero que el vicio se humille ante la virtud. Pronto, Conde.
 MAR. Nunca, primero morir. *(resistiéndose.)*
 RIC. Cómo que no, miserable?
 MAR. *(desde el balcon.)* Ricardo, huyamos ó somos perdidos.
 RIC. Qué hay?
 MAR. Varios hombres de policia han entrado en esta casa con Antonio y Alvar, á la voz del Conde.
 RIC. Qué oigo?... Me he salvado. *(yendo á la puerta del foro.)*
 MAR. Huid, huid!..
 RIC. Por aquí, Ricardo. *(señala la puerta izquierda.)*
 MAR. No, prefiero morir á su lado, antes que una fuga vergonzosa. Ya ha llegado el momento de la prueba.
 RIC. (Oh, qué tormento!..)
 MAR. *(ya en la puerta.)* Ricardo! Por aquí, pronto.
 RIC. Nunca!..
 MAR. Que lleguen!..
 RIC. Jamás!
 MAR. Salvarme yo es salvarlos. *(vase; el conde viene á escena acompañado de Alvar, Antonio, policia y otros.)*

ESCENA X.

RICARDO, MARIA, ANTONIO, CONDE, ALVAR y demás.

Aquí, mis buenos amigos. Ved á los que han osa-

do insultar al Conde del Robledal. Prendedlos! Ira de Dios! Uno ha huido de este aposento!.. Por ese balcon... no... por esa puerta... perseguidle. *(dos criados se dirigen á la puerta del fondo; otros dos á la izquierda.)*

ANT. Ricardo, has venido á buscar tu ruina!
 RIC. Mi muerte tal vez, así lo creo; pero la sufriré con resignacion; va á ser mi verdugo acaso el hermano de aquella á quien tanto amo? Mas ella rogará por mi, porque por ella muero.
 MAR. (Santo Dios, tened piedad de nosotros!)
 CON. Alvar, Antonio, llevadle y cumplid con el deber que os señala la obediencia á vuestro señor y amigo.
 MAR. Hermano de mi corazón!.. Ricardo podrá ser inocente. Piedad, piedad te pido!
 ANT. Maria, tu hermano te ha dicho cual es su voluntad. Sufre, pero calla.
 MAR. Oh! Me has matado.
 RIC. Adios, Maria, adios! *(le llevan; el Conde vá tambien á salir: Maria le detiene.)*

ESCENA XI.

MARIA, EL CONDE.

MAR. Conde! Conde! Compasion para una muger que va á morir bajo el peso del dolor. Perdon para Ricardo, y os bendeciré toda mi vida.
 CON. O tu amor, Maria, ó su perdicion; acaso su...
 MAR. No, no lo quiero oír.
 CON. Elige, Maria. *(en la puerta del fondo.)*
 MAR. Conde, Conde, eso es horroroso!.. Morir... ó amar!.. Pues bien Nunca, nunca; mi destino será el de Ricardo. Primero la muerte; os lo dice Maria. *(cae en una silla en la mayor postracion.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, ALVAR.

ALV. El Conde, amigo Antonio, siempre amante y siempre apasionado, me envia á enterarme de la interesante salud de Maria, al mismo tiempo que á preguntar si ha cambiado de su modo de pensar; si menos obcecada que ayer...
 ANT. Nada de eso, amigo Alvar; mi hermana llora sin cesar la prision de Ricardo. En sus arranques de desesperacion maldice al Conde, me maldice á mi. La he visto sufrir mucho; he procurado calmarla, distraerla; pero, ó me ha hecho callar con un gesto de disgusto, ó bien suplicante y llorosa me ha rogado que la deje sola. Verla en tal estado me atormenta, y aquí me teneis sufriendo por ella y por mí. Yo no sé lo que me pasa.
 ALV. Eso no es justo, amigo mio; el capricho de una joven no debe ser nunca la causa del malestar de usted, y corresponde, por el contrario, mirar tal proceder como una cosa del momento. La reflexion mas tarde hará su efecto.
 ANT. Qué sé yo! Quizás ayer fui demasiado cruel con ella!..
 ALV. Se arrepiente usted cuando se trataba de su dicha, cuando el hombre de quien se la separa, aparece como un conspirador, que compromete á ustedes hasta el extremo de ocultar armas y municiones en esta ca-

sa, en ese sótano... Ya lo vió usted en el registro que ayer se hizo.

ANT. Don Alvar, todo lo considero; pero mi corazón se encuentra desde ayer oprimido con un peso enorme.

ALV. Es usted cobarde?

ANT. No señor; pero siento germinar en mi alma un sentimiento hasta aquí desconocido; creo que así debe ser el remordimiento.

ALV. Esas ideas, buen Antonio, créame usted, han sido nacidas de algún sueño que le haya debido atormentar durante la noche, y que aún no ha desechado de su espíritu.

ANT. Nacen tan solo de la situación lamentable en que contemplo á mi hermana. Nunca imaginé que pudiera tanto en su corazón ese hombre; pero qué sabe usted de él? Declaró...

ALV. Lo suficiente, amigo, para ser pasado por las armas; un consejo de guerra se halla reunido, y...

ANT. Qué oigo! Pasado por las armas?

ALV. Precisamente.

ANT. Debe usted estar equivocado, don Alvar; el Conde me aseguró que solo sería una prisión mientras se efectuaba su enlace...

ALV. Pero como él ha declarado...

ANT. (Y yo habré contribuido á su muerte!) El Conde me ha engañado, don Alvar.

ALV. (Diablos! Esto toma mal rumbo.) Cómo engañado? Cree usted que el Conde... No señor; á pesar de los justos resentimientos que tiene con él, y de las grandes revelaciones que de su complicidad en la conspiración ha hecho, siempre noble y siempre generoso, dá cuantos pasos cree oportunos para salvarle de la muerte, y no lo dude usted, lo alcanzará; su poder no tiene límites. (Vanas esperanzas!)

ANT. Plegue al cielo que no se engañe usted!

ALV. Vamos á otro asunto. Por fin al Conde hoy le cabe la satisfacción de dar á usted una prueba de lo mucho en que le tiene y de lo que puede. (le dá un pliego.)

ANT. Qué es esto?

ALV. El nombramiento de administrador del sitio de San Fernando.

ANT. De veras?

ALV. No hizo más que indicar al ministro el buen comportamiento de usted, y el odio que tiene á los que conspiran contra el actual orden de cosas, y el ministro le preguntó si le parecía que debía premiarle.

ANT. El ministro...

ALV. Preguntó, y el Conde le dijo que merecía usted este empleo.

ANT. Merecer yo, cuando no me mezcló nada en política!

ALV. Si hasta aquí no se mezcló usted, ya lo hará en adelante; por de pronto usted debe conocer cuánto el Conde le aprecia, y que usted por su parte debe corresponderle.

ANT. Este nombramiento que ayer había hecho mi felicidad; hoy...

ALV. Qué?

ANT. No sé por qué causa me pone triste.

ALV. Triste! Y le proporciona á usted una posición envidiable!

ANT. Hoy no me satisface completamente. Me hallo abatido...

ALV. Le desconozco á usted, Antonio; no hubiera creído en usted tamaña debilidad.

ANT. Qué quiere usted! Yo no he tenido ni tengo otro anhelo que la felicidad de mi hermana. Oh! No sabe

usted cuanto padece mi alma desde ayer noche.

ALV. Es decir que se arrepiente usted de que el Conde....

ANT. Hubiera deseado y deseo que María sea su esposa pero me he propuesto no violentarla; veo que sufre y me resigno á esperar; tal vez con el tiempo...

ALV. Qué dice usted! Y el Conde que le creyó un buen amigo!...

ANT. Y por eso dejó de serlo? Si él logra interesar á mi hermana...

ALV. Ayer me mandó traerla un retrato guarnecido de brillantes de inmenso valor; esto ya ve usted que para probar un grande cariño, un amor sin límites, pues sabe usted lo que hizo María?

ANT. Devolvérselo?

ALV. Se negó á recibirlo; pero como yo en cumplimiento de las órdenes recibidas, lo dejé sobre la mesa lo cogió...

ANT. Lo cogió?

ALV. Y lo arrojó por ese balcón. Ya ve usted! Arroja á la calle una prenda de tanta estima!.. Yo bajé inmediatamente á ver si lo encontraba; mas debí haber pasado oportunamente, y no lo hallé ya. (Va la mentira.)

ANT. (Oh! Alma delicada! Me enseña con su conducta; esto es un puñal que me clava en el corazón.) Don Alvar, no puedo hoy admitir este nombramiento; devuélvasele usted al Conde.

ALV. Cómo?

ANT. No puedo admitirle; diga usted á su señor, soy el mismo; pero que me dispense si al presente no acepto su dádiva.

ALV. El Conde, estoy seguro, va á ver con sumo disgusto semejante proceder.

ANT. Yo creo que no debo obrar de otra manera.

ALV. (Veo que ha tomado ya su resolución y que vano le hablaré. Será preciso recurrir á otros medios... Veré al Conde y acordaremos....) Pense, amigo Antonio, que esto es una ridiculez; pero usted lo quiere; volveré á mi señor el nombramiento, y le diré cuan poco dispuesto se halla usted á servir. Adios. (vase.)

ANT. Adios, don Alvar.

ESCENA II.

ANTONIO.

Qué cambio se ha operado en mí en pocas horas! Si hubiera dado la mitad de mi vida por este nombramiento, y hoy renuncio á él, y esta renuncia me causa una secreta satisfacción. En qué consiste? Yo no lo sé. Quizá la alegría que pueda proporcionar á mi hermana. Pero... Y Ricardo! Dios mío! El consejo de guerra le ha condenado á muerte, ¿qué será de mí?... Oh! Mi hermana pertenecería entonces mucho menos al Conde. Ella sale; ocultémosle mi sentimiento.

ESCENA III.

MARIA, ANTONIO.

MAR. Solo estás? Creí desde mi habitación escuchar una voz que la tuya. Ha venido el señor Blas?

ANT. (Esta pregunta me martiriza.) No, hermana.

MAR. Es decir que también fue preso?

ANT. No sé si á estas horas...

MAR. También está lejos de mí!.. Pues quién es el que ha venido á esta casa?

ANT. El secretario del Conde, don Alvar.

MAR. Y qué quería ese hombre?

ANT. Me trajo el nombramiento de administrador del sitio de San Fernando.

MAR. (con amargura.) Que te regala el Conde para que sigas sirviéndole de instrumento.

ANT. Hermana, que no puedas desechar!..

MAR. Conozco todo lo vil de su proceder, y no me engaño en mis juicios.

ANT. Juicios tal vez temerarios de tu mente fascinada.

MAR. No, hermano mio; no sabes aun todo lo que es ese hombre. Escucha; aquella carta que vino á enseñarme era falsa, ya no lo dudo. Nuestro amigo el señor Blas, llegó á averiguar cosas atroces del Conde; vino á tiempo en que este se hallaba aqui, y después de echarle en cara su malvado proceder, casi confesó su falta; á poco llegó Ricardo, y viéndose solo el Conde y ante dos hombres resueltos, pidió perdon; obligáronle á humillarse, gritó y subisteis vosotros...

ANT. Oh! Calla, Maria.

MAR. Blas huyó por esa puerta, y Ricardo fue preso aqui mismo.

ANT. Bien, y á qué recordar esos momentos?

MAR. Supliqué, lloré, nada!... Me quedé sola con el Conde, y con toda la desesperacion de un alma apasionada, le pedi perdon para Ricardo, no ignorando cuanto puede ese hombre infernal.

ANT. Y qué te contestó?

MAR. Qué me contestó!.. «Tu amor, Maria, ó su muerte.» Ya ves, querido hermano, que horroroso es esto!

ANT. Osó decirte...

MAR. Con la salvaje alegría de una fiera que despedaza su presa.

ANT. (Dios mio!)

MAR. Y á estas horas acaso estarán decidiendo de su suerte... Y yo; y tú aqui, sin tratar de salvarle! Le matarán!

ANT. Ah! No lo creas; me consta que el Conde dá cuantos pasos sean necesarios para que el consejo de guerra...

MAR. Nada me ocultes. Habla... No es verdad que tu generoso corazón se enternece por la desgracia de tu hermana? No es cierto que comprendes cuanto es su dolor? Oh! Si, yo leo en tus ojos un sentimiento de compasion hácia un ser bien desdichado. Habla, Antonio, dime qué es de Ricardo.

ANT. Maria, cálmate por Dios. Resignacion. Mucho he sufrido, mucho sufro con verte en ese estado de agitación.

MAR. Calma cuando se trata de mi felicidad ó de mi desventura eterna! Resignacion para un alma hondamente lacerada! Antonio, compadécete de mi; tú no puedes gozarte en mi daño. Habla; dime que es de Ricardo.

ANT. (Cuánto me hace sufrir!)

MAR. Callas? Vacilas?... Revélame cuanto pasa.

ANT. Pues bien, Maria, á qué ocultarlo? Cuando don Alvar me presentó la credencial de mi nombramiento, me pareció ver en ella la recompensa de un crimen...

MAR. Acaba por Dios. La duda es mas horrible que la realidad.

ANT. Es necesario implorar el perdon!..

MAR. Ah! Basta. Todo lo comprendo ya. Ha sido sentenciado?... Callas? Dios de misericordia! Corramos, hermano mio, corramos á salvarle. Verás cómo tu corazón se inunda después de gozo. Nos echaremos á los pies del tribunal, del ministro, de ese hombre vil en fin, si necesario fuese.

ANT. Cálmate, Maria, yo soy el que voy al instante á ver al Conde; le hablaré, le suplicaré en nombre de ese mismo cariño que nos profesa, que salve á Ricardo, y le salvará, Maria, le salvará.

MAR. Corre, hermano mio, corre y vé de ablandar ese corazón de bronce. Dios guie tus pasos. Pero debo yo permanecer aqui sin hacer algo por él? No; voy tambien á salir, y me arrastraré á las plantas de sus jueces...

ESCENA IV.

BLAS, MARIA.

BLAS. (desde la puerta de la izquierda.) Estás sola, Maria?

MAR. Señor Blas!.. Venga usted, venga usted; si, estoy sola; conque logró usted salvarse?

BLAS. Gracias á mi prevision. Qué te pasa que tan agitada te encontré?

MAR. Mi buen amigo!.. (se echa en sus brazos y llora.)

BLAS. Lloras, hija mia; desahógate en los brazos de tu padre; comprendo muy bien lo que origina tu llanto, pero...

MAR. Sentenciado!

BLAS. Si, ha sido sentenciado á muerte; pero para la ejecución falta aun algun tiempo, segun he averiguado, y Dios vela siempre por sus buenos hijos.

MAR. Cree usted que aun hay esperanza de salvacion?

BLAS. Piensas tú que si no la tuviera, estaria yo tan tranquilo? No; hubiera ido á ofrecer mi vida por la suya; hubiera con mi llanto hecho conmover á sus jueces, á sus verdugos, á toda la guarnicion, y no habria quien se atreviese á sacrificarle.

MAR. Pero...

BLAS. No temas ya. Valladolid se ha pronunciado, y el valiente pueblo de Madrid dará hoy mismo tambien el grito de libertad.

MAR. Qué dice usted?..

BLAS. En esto fio la salvacion de Ricardo. Ruega á Dios, Maria, porque el pueblo no se vea arrollado en el primer momento, y que Blas viva nada mas que unos instantes.

MAR. Luego usted?..

BLAS. Marcho á ponerme al frente de la mitad de mi barrio que, armada por mi, solo espera una orden para lanzarse á las calles. En esta casa tampoco te abandono; tengo tomadas mis disposiciones.

MAR. A verter su sangre!..

BLAS. Si, á verter su sangre; sangre generosa que como fructífera semilla, producirá héroes, y luego la libertad, el progreso, la justicia.

MAR. Y dice usted que será?..

BLAS. Bien pronto; á la salida de los toros. Mira, el sol va á ponerse. Mas qué veo? Un coche se acerca por esa calle, y es del Conde. Si. Vendrá á esta casa!... Qué le traerá?

MAR. Oh! Salga usted, no sea que le prendan tambien.

BLAS. Me esconderé tras de esa puerta; la de mi salvacion, y oiré cuanto diga; Dios le libre de ofenderte en lo mas mínimo.

MAR. Pronto, que ya sube. (Blas entra por la puerta izquierda.)

ESCENA V.

BLAS, oculto; MARIA, EL CONDE; luego ALVAR.

CON. Buenas tardes, Maria. Y tu hermano? No se halla en casa?

MAR. Mi hermano, señor Conde, debe de encontrarse en la suya.

CON. En la mía?

MAR. Si señor, á ella ha ido por mi orden.

CON. Qué escucho, Maria! Por tu orden? Acaso...

MAR. Señor Conde, nada ignoro. Ricardo ha sido sentenciado á muerte. Usted quizá sin intencion ha sido causa de ello.

CON. Te juro, Maria...

BLAS. (Quién te creyera, bribon!)

MAR. Quiero pensar que no tuvo usted semejante idea; que hoy se arrepiente de haber obrado con tanta crueldad con él.

CON. Oh! Si, hoy me duele de una manera horrible.

MAR. Pues bien, Conde, aun hay tiempo de remediar ese mal. Usted ejerce una grande influencia en el gobierno...

BLAS. (Qué dice? Voto al diablo!)

MAR. Usted puede hacer que esa orden sea rebocada.

CON. Rebocada la orden? No puede ser. Maria.

MAR. Qué no puede ser! Ah! Conde, Conde; si es cierto que usted me ha querido, si es cierto que usted me quiere, por ese mismo cariño le ruego que salve á Ricardo.

CON. (Mis intentos no pueden salir mejor.) Y qué harías, Maria, qué dirías del Conde del Robledal, si te diera una orden de libertad para su enemigo, para quien ayer osó insultarle?

BLAS. (Seria posible?)

MAR. Perdonaria á usted todos los disgustos pasados, diria que era usted un hombre generoso, noble de corazon; en fin, que era mi ángel tutelar.

CON. Pues bien; ahí tienes la orden; cuando he venido á tu casa, no me ha traído otro objeto.

BLAS. (Qué oigo?)

CON. Mi coche me espera á la puerta, sírvete de él, y si quieres, que mi secretario te acompañe.

MAR. Oh! Conde, gracias! Es usted un hombre honrado; un hombre generoso; en toda mi vida olvidaré tan noble accion.

CON. Ahora verás que el Conde no es un villano; conoce que esa orden ahoga para siempre la pasion grande y profunda que te profesa...

MAR. Basta, Conde; conozco cuanto será el sacrificio... Voy á tomar el manto. (*entra. Blas vá á salir, pero se detiene al ver que viene Alvar por el foro.*)

CON. Llegas, Alvar; la he dado la orden de libertad, no ha sospechado lo mas mínimo, y nuestro plan puede salir á las mil maravillas. Crees que el cochero y los dos...

ALV. Bastan y sobran... La misma prisa que ella encargue para salvar á su amante, será en nuestro favor.

BLAS. (No oigo una palabra... ¡Voto al diablo!)

CON. La he dicho que tú la acompañarás.

ALV. Seria mas conveniente que no, porque...

CON. Calla, que sube gente. Hola, Antonio!

ESCENA VI.

Dichos, ANTONIO y MARIA.

ANT. Conde, de casa de usted vengo; Ricardo...

MAR. Ven, hermano mio; vamos á salvarle.

ANT. Cómo?

MAR. El Conde, el generoso Conde...

ANT. Lo ves, hermana mia? No te decia yo?...

MAR. Si, si, pero corramos...

CON. Hasta luego; acompaña, Alvar, y al cochero que les lleve á escape.

MAR. y ANT. Gracias, gracias!

CON. A escape... (*A dónde no volvais á verle.*) Mas quién?..

BLAS. (*presentándose delante del Conde.*) Yo. No hay que tener cuidado

CON. (Este hombre es mi sombra!)

BLAS. Dígame usted, sin andarse con embajes y rodeos; es cierto que el pliego que lleva Maria, y que acaba de darle, contiene el perdon para Ricardo?

CON. Qué pliego?

BLAS. Todo lo he oido, todo lo sé; conque hable usted, y pronto.

CON. Si lo has oido todo, nada mas hay necesidad de saber.

BLAS. (Te comprendo.) Pues bien, me basta lo que acaba usted de decir; pero si esto fuera una intriga urdida para hacer su daño, ya se puede usted preparar á morir entre mis manos. Entiende usted? Por de pronto, le aconsejo que no salga de esta habitación, pues por mi mandato algunos hombres se hallan preparados á cortarle el paso... y el pescuezo, si necesario fuese.

CON. (Qué oigo!)

BLAS. Si su conciencia de nada le acusa, ningun sitio mejor que esta casa para ponerle á cubierto de todo peligro. Hoy es mi dia, señor Conde.

CON. (Querrá infundirme temor, pero se engaña.)

BLAS. Hoy mando yo; sino, era escusado presentarme delante de usted, porque era fácil que diera buena cuenta de mi. Usted me debe querer mucho, y por consiguiente, creame usted. Ahora corro detrás de Maria y de Ricardo; aunque vayan muy deprisa yo los alcanzaré. Hasta mas ver. (*vase.*)

ESCENA VII.

CONDE, luego ALVAR.

CON. Este hombre siempre en mi camino! Diablos! Será verdad que me haya tendido una red? O tratará de engañarme para que caiga en su poder? Poco me importa en los dos casos. Anda, ves en busca de Maria; quedarás lucido. Pocos momentos mas y he triunfado de todos. (*se presenta Alvar.*)

ALV. El coche partió como una exhalacion, señor Conde, y á estas horas debe de hallarse fuera de la corte.

CON. La suerte, buen Alvar, nos favorece.

ALV. Por ahora todo marcha á las mil maravillas; pero aqui no debemos permanecer por mas tiempo.

CON. Por qué razon?

ALV. Por la seguridad de nuestras personas. Debo decirle á usia, que el movimiento popular está próximo á estallar. Los grupos aumentan prodigiosamente. La agitacion es excesiva.

CON. Podrá salirles muy mal la empresa. La guarnicion no está minada...

ALV. Ser precavidos es lo que conviene. No ha mucho que he oido, que á la salida de los toros se vá á dar el grito de insurreccion.

CON. Te consta positivamente?

ALV. Si. Y el sol ya se ha puesto.

CON. (*acercándose al balcon.*) Es cierto. Y si no me engaño, la gente corre, no ves? Y hasta creo que oigo voces... Buen Alvar, valor! Esto mismo nos favorece. La ocasion es la mas oportuna. Vamos á dar el último golpe, pues es bueno ser cautos. (*dándole un bolsillo.*) Toma, con este dinero te haces dueño de veinte hombres. El populacho se compra facilmente. Los embriagos, y al grito de libertad y abajo los tiranos, entras en aquella casa; la ves? la mas alta; la incendias, entiendes? Es la del escribano. Que ese testamento

quede reducido á cenizas. Luego vienes aqui, y huimos los dos.

ALV. Comprendo perfectamente.

CON. Despues queda solo mi testamento. Toma. Esta copia la quemas tambien, tan pronto como todo haya ardido.

ALV. (Oh! Seré feliz.) No lo dude usia; esas inmensas riquezas, esos bienes serán de usia, ó muy poco he de poder.

CON. Pronto, que los momentos vuelan. (*se oyen algunas voces algo confusas.*) No hay duda ya; el movimiento va á estallar; todo me lo anuncia. No olvides que en esta empresa tu premio será crecido.

ALV. Sé cuanto usia aprecia mis arriesgados servicios.

CON. Parte inmediatamente á reunir tus hombres; mira, desde este balcon te observaré; aquella es la casa; que la vea yo arder en su totalidad.

ALV. Arderá

ESCENA VIII.

CONDE.

Qué delicioso será para mi decir: nada tengo que temer; esos inmensos bienes me pertenecen; nadie tiene derecho á reclamármelos; nadie sabe que contra los deseos de su última poseedora, obran en mi poder.... Ah! Y esa altiva Maria que osó desoir mis amorosas pretensiones!... Quién me quita ahora, que está en mi poder, de grado ó por fuerza, gozar de sus encantos? A buen seguro que no será ese Ricardo adorado, quien la libraré de mis garras. Pero veamos mi gente. (*se asoma al balcon. Vuelven á oirse voces confusas y lejanas.*) Calle!.. Mi coche!.. Qué habrá sucedido? Ira de Dios! Me habrán vencido mis criados? Y yo que ya me creí!... Ah! el corage me ahoga. No sé si podré ocultar mi turbacion.

ESCENA IX.

CONDE, MARIA.

CON. Cómo! Maria, lograste...

AR. Conde, hemos sido muy desgraciados; partíamos con la mayor ligereza, y hubiéramos logrado haber libertado á Ricardo, cuando la revolucion, que ha estallado en la calle de Alcalá, nos lo impide; hacen detener el coche, y no nos permiten seguir adelante; en medio de las voces y del gentio, no me he podido hacer oír que iba á salvar á Ricardo, á uno de los gefes de la revolucion, y no hemos tenido mas remedio que regresar á casa. Antonio, á pie, y dispuesto á atravesar por medio de las turbas, ha partido á ver si puede salvarle.

CON. (Ah! respiro! nada saben...) Conque es tan grande el tumulto?

AR. Oh! si. Las calles llenas de gente, que corre en todas direcciones... Muertas y vítores por do quier. Hombres del pueblo armados registran todos los coches!.. Oh! la suerte de Ricardo es la que me agobia. Señor Conde, ¿podrá correr aun peligro?

CON. Nada... nada... (*asomándose al balcon y fingiendo no oír á Maria. Se oyen voces mas cercanas.*) Y el tumulto crece; y qué ocasion tan propicia!..

AR. Por Dios, Conde, se salvará Ricardo?

CON. Estamos en plena revolucion! No hay duda!

AR. No me contesta usted!..

CON. Oh! Cuánto tarda!..

AR. Si, Si.... Mucho, buen Conde! Qué momentos tan crueles! Yo siento palpitar fuertemente mi corazon!

CON. Y el mio estalla... Oh! no, soy feliz! El incendio empieza; Alvar sale á la calle, anima á las turbas!... Bien!

MAR. Qué horror!.. Un incendio!..

CON. Si, Maria. Santo cielo!.. Qué miro! Empieza la lucha de mis Sicarios con otra gente del pueblo; algunos caen heridos; no puedo presenciar esta escena.

MAR. Y Alvar pelea tambien; vacila, cae; empieza á apagarse el incendio!..

CON. Oh! fatalidad!..

MAR. Y un hombre se abre paso hácia este lado. Dios mio! Es él!..

CON. Qué oigo!... Ricardo!... Oh! (*asomándose.*) Si, él es!..

MAR. Se ha salvado!.. Gracias, justo cielo!

CON. (Y yo me he perdido!)

MAR. Vamos, vamos, á recibirle. El perdona tambien, señor Conde.

CON. Mis piernas desfallecen! (*suenan un tiro. El Conde y Maria que está detras de él se retiran á un tiempo del balcon.*)

MAR. y CON. Ah!..

CON. Han querido matarme!.. (*Me han reconocido.*)

Qué hacer!.. Feliz idea! Valor! Valor!.. Yo he de vender cara mi vida. Oh! Si, lo juré por quien soy.)

Ven, ven, Maria; vamos á recibirle. (*Huiré con ella por la otra calle; al menos será mia; si se resiste, el oro me abrirá camino.*)

MAR. Se halla usted muy agitado.

CON. Si, si; me entusiasma ese movimiento popular....

Conozco mis errores... Corramos!

MAR. El cielo nos proteja. (*al tiempo que van á salir el Conde retrocede súbitamente.*)

ESCENA X.

CONDE, MARIA, RICARDO, MIGUEL.

CON. Oh! es tarde!.. Ya está aqui. Me ha cortado el paso; pero no me ha vencido. (*cerrará incontinenti la puerta del fondo, y arroja la llave por el balcon.*)

RIC. Abre, villano! (*dando golpes en la puerta.*)

MAR. Conde, es usted un miserable! Y yo le creia de todo corazon....

CON. No soy mas que un hombre de bien. Deseo tu felicidad; ven, huyamos por aqui. (*la coge de un brazo arrastrándola en la direccion de la puerta izquierda.*)

MAR. Ricardo! Ricardo! favor!..

RIC. Maria, un momento y la puerta ha cedido.

CON. Poco importa si he escapado ya. Vamos. (*Maria se resiste; el Conde se esfuerza por llevarla.*)

MAR. Conde, primero moriré.

CON. No; viva me seguirás, de buen grado ó por fuerza.

RIC. Aguarda, yo te lo diré bien pronto.

CON. Y yo tambien. Por aqui... (*arrastra á Maria hácia la puerta.*)

MAR. Compasion! por Dios!

CON. Ya es mia! (*abre la puerta á tiempo que en ella se presenta Miguel armado con una escopeta.*)

MIG. Por aqui nadie pasa.

CON. Ira de Dios!.. Todas las salidas se me cierran.

RIC. (*entrando en la escena.*) Y yo hice franca la entrada; por poco llego tarde; pero ahora tiembla.

MAR. Ricardo!..

CON. Detente!... (*sacando una pistola con la cual le apunta.*)

RIC. Traidor!... (*va á arrojar sobre él á tiempo que el Conde dispara.*)

MAR. Ah!..

RIC. Nada!.. Maria, vivo para ti.

CON. (viendo que no le ha herido, arroja con violencia la pistola fuera de sí, y va á huir por el balcon.) No conseguirás humillarme; primero me estrellaré contra esas piedras. (Ricardo corre hácia él para detenerlo, pero el Conde habrá saltado ya por el balcon. Miguel se aleja por la puerta del fondo.)

RIC. (mirando al balcon,) Maria, ha muerto! Justo castigo del cielo!

MAR. El le reciba benigno. Por fin te veo á mi lado. Ricardo, perdóname!...

RIC. Calla!

MAR. Te ha salvado mi hermano? Le has visto?

RIC. No. La salvacion la debo á Blas, que ha penetrado en la cárcel al frente de un grupo del pueblo.

MAR. Siempre Blas!

ESCENA XI.

Dichos, ANTONIO, BLAS.

BLAS. Albricias! Albricias, Maria!

ANT. Ricardo, á mis brazos!... (se abrazan.) Perdóname.

BLAS. Todo se ha descubierto. Alvar, por salvar su vida, me ha hecho revelaciones importantes. La carta era falsa; él la habia escrito; hoy trató de alejaros el Conde de Madrid; y ahora leed, leed aqui, ambos á dos. (entrega un pliego á Ricardo, y Maria se acerca á leer.)

RIC. Qué leo! Oh, malvado!..

MAR. Dios mio! Será posible!..

RIC. Heredera de los bienes de la Baronesa!.. Comprendes ahora, Antonio?

ANT. Cuán tarde cayó la venda de mis ojos!... Y el Conde?

RIC. Muerto. Mira. El mismo se dió el castigo.

BLAS. Dios lo ha querido.

RIC. Maria, despues de todo; valor al presente. Las primeras horas de esta jornada han sido felices. ¿No oyes ese sordo rumor del pueblo?.. Pues bien, el deber de la patria me llama, habiendo cumplido ya con el deber de amantes. El triunfo será nuestro. Valor

BLAS. Si, lo será; abrázanos ahora, Maria; danos aliento, y pronto nos verás victoriosos á tu lado.

MAR. (los abraza.) Venid, venid. El corazon me dice que triunfareis, que el pueblo será libre. Corred al combate; una muger os anima.

RIC. Maria!..

MAR. Ricardo!.. Adios. (se abrazan.)

ANT. Con ellos yo; vivir ó morir con ellos. Son mis hermanos.

BLAS. Vamos! ¡Oh sol de la libertad, yo te saludo! (se van.)

MAR. Dios mio, prestadles vuestro amparo; velad por ellos. El triunfo del pueblo, es el triunfo de Dios.

RIC. Viva la libertad! (dentro.)

VOCES. Viva! (id. Durante esta escena gradualment deberán ir creciendo el tumulto y las voces del pueblo.)

FIN.

MADRID, 1855.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, 13, bajo.